

La Recta Acción en el Camino de Deshacerse

El Camino de Deshacerse nos enseña que cualquiera puede llevar una vida que sobrepasa el ego y se somete a Dios DENTRO del contexto de actividades (de otro modo) comunes y corrientes. ¡No necesitamos dejar nuestro hogar actual, nuestro trabajo actual, nuestro círculo de amistades actual para llevar la Vida Divina! Nuestras actividades cotidianas no son meramente distracciones u obstáculos que debemos superar para vivir espiritualmente. Cuando se las comprende y se las utiliza correctamente, nos ofrecen vehículos ideales para el Deshacerse del ego.

Este artículo explica la razón por la cual la disciplina espiritual de la RECTA ACCIÓN es un medio bien eficaz de participar en nuestro propio Deshacerse. Describe los principios fundamentales de la recta acción espiritual que se relaciona a TODOS los campos de la vida.

El camino menos seguido—y menos descrito

El camino espiritual de la recta acción en la vida cotidiana es el camino menos transitado. De hecho, rara vez se ha *descrito* este camino.

En general, las sencillas listas de las actividades recomendadas y prohibidas es lo único que la religión tiene que decirle a la humanidad sobre el asunto de la acción. Ante todo, la religión nos advierte lo que *no* debemos hacer; a veces nos puede decir lo que se debe hacer, pero casi nunca nos proporciona los detalles sobre *la manera mejor* de hacerlo.

Además, muchas enseñanzas espirituales parecen implicar que *muchas*, si no la *mayoría*, de las actividades humanas—tal como la supervivencia pragmática, la educación de los niños, los placeres ordinarios, y las actividades creativas—se *oponen* a la espiritualidad. Siguiendo este hilo del pensamiento, muchos de los que buscan comparten la opinión restrictiva que el sustento derecho sólo se puede encontrar por medio de un trabajo que tiene algo que ver con alimentarles a los pobres, salvar el medio ambiente, y cosas por el estilo. Si aceptamos tal forma de lógica, podemos pensar que la “recta acción” comprende solamente un grupo pequeño de actividades. Incluso podemos llegar a pensar que no es posible llevar una vida espiritual equilibrada. Eso, amigos, es una *trágica* equivocación.

Se crea y se perpetua esta equivocación por el tratamiento demasiado simplista del significado del comportamiento correcto dentro de las enseñanzas

espirituales tradicionales. No importa cuan bien intencionadas y específicas que sean, todas las recetas sobre la conducta humana son tan inadecuadas que resultan engañosas en cuanto a los asuntos espirituales. ¿En qué consiste una acción realmente buena? Cuando se regala una flor de manera cariñosa, resulta una experiencia alentadora; cuando se regala la misma flor nada más por obligación, puede resultar *menos* que inútil. La consecuencia de una acción es más un resultado del *por qué* y del *cómo* que del *qué*. A pesar de esto, en general, la religión se enfoca principalmente en el *qué*.

El por qué y el cómo determinan el *espíritu* de la acción; *el qué* solamente describe su forma *física*. La acción verdaderamente recta es un fenómeno *espiritual*, no simplemente un suceso físico. En ese caso, debemos reconocer que las acciones apropiadas *no pueden* ser definidas por medio de un grupo de reglas para el comportamiento—limitadas a una lista de actividades permitidas. Si queremos comportarnos de una manera espiritualmente apropiada, el *espíritu* de cualquier acción—incluso su intención, su tono, y su sensibilidad al contexto—*tiene que recibir* la mayor parte de nuestro cuidado y nuestra consideración. En lugar de preguntar, “¿Debo *hacer* esto?,” una pregunta mejor sería, “¿En qué consiste el *espíritu* correcto que corresponde con esta acción?”

Dentro del universo entero de acciones posibles, *ninguna* puede ser realmente recta si se hace con una intención errónea. Además—y esto es algo sumamente *libertador*—existirían una gama enorme de rectas acciones si se hicieran con buen espíritu. Sería difícil imaginar una acción verdaderamente no recta si se hiciera con buena intención. ¿Cómo puede resultar malo un acto que se hace de todo corazón?

Para obrar con buen espíritu, es obvio que debemos entender al fondo el *espíritu* con que obramos. Si deseamos alcanzar la bondad espiritual, malgastamos nuestro esfuerzo si hacemos “buenas obras” con un espíritu egoísta o malo. Las buenas obras resultan *realmente* buenas sólo en tanto que se hacen con buen *espíritu*.

El reto de definir “buen espíritu”

Ahora podemos comprender la razón por la cual, durante todos los siglos, la recta acción casi nunca se ha definido con claridad para los que buscan sinceramente lo espiritual. Es triple el reto:

1. Para los que intentarían explicar la recta acción, la *descripción* de “buen espíritu” resulta más complicada que una mera lista de las reglas del juego.

2. Los que intentarían realizar la buena acción pueden carecer de la *perspicacia* necesaria para determinar lo que es el buen espíritu según el caso—al menos al principio. En particular, los motivos contradictorios enturbian las aguas.
3. Es mucho *más fácil* ajustar el comportamiento exterior que la configuración espiritual interior. Incluso si el camino verdadero claramente se comunica y en seguida se distingue, todavía se supone un reto *vivir* de una manera buena en el sentido espiritual.

Sin embargo, *se puede* superar todos estos retos. Entonces, ¿por qué han dejado de superarlos las muchas tradiciones espirituales que hay en el mundo? Es sencilla la razón: ¡Le duele mucho al ego llevar una vida divina! Así que ha habido poca demanda para las instrucciones claras para llevarlo a cabo. El ego lucha contra, y muy a menudo vence, las sensibilidades y los deseos espirituales de los seres humanos. Cuando el ego quiere que nos *libremos* de llevar una vida buena, es útil complicar el asunto: “¡No sé a ciencia cierta qué hacer! ¡Es difícil decir qué sería la mejor línea de acción que seguir!” Y cuando el ego quiere que nos *quedemos* fuera de apuros, puede que lo hagamos al pensar así: “¡No *puedo* ser buena persona—ya lo intenté!”

¡*No* es cierto! ¡No hagas caso a esa vieja propaganda del ego! Porque somos todos hijos de Dios, tenemos una habilidad innata para distinguir lo bueno del malo. Así nos hizo Dios. Desde dentro del cuerpo y del alma, *sabemos* mucho más sobre la bondad que el ego nos deja reconocer, *en particular* como se nos refiere a nosotros. No sólo somos sagaces, somos muy capaces de hacer el bien *verdadero*—mucho más capaces que el ego jamás quiere admitir. Noventa y nueve por ciento de las cosas que *debemos* hacer son cosas que *podíamos* hacer, pero que bajo la influencia del ego, a lo mejor nos negamos a hacerlas.

La falta de voluntad constituye un problema *mucho más grande* para la humanidad que la falta de capacidad o el hecho de estar despistado. ¡Es la pura verdad! Y esto nos lleva a considerar el reto más grande por la realización de la acción: la *resistencia* a tal acto. Porque somos criaturas bajo la influencia del ego, nos inclinamos más a olvidar la Verdad que a recordarla. Y nos inclinamos más a evadir la acción que a meterse en ella. No es de extrañarnos que la religión guarde tanto silencio sobre la cuestión de la acción—bien pocos de los fieles quieren saber de este asunto. Así que contamos con nuestros consejeros espirituales para que nos den respuestas más sencillas y más fáciles que las que ya *sabemos* son las correctas.

Cómo el ego evade la recta acción

Si lo dejamos a que se las arregle sólo, el ego evita la recta acción por medio de una de dos maneras posibles: la *pereza* egoísta o la *actividad* egoísta. Muy a menudo el ego recomienda que nos retiremos cuando sería más apropiado que nos comprometamos. Y cuando el ego recomienda que nos involucremos, las formas de acción que recomienda son, en su mayoría, egocéntricas y por eso se hacen con una actitud mala. Al ego no le importa *cuál* opción elegimos—o la inacción o la acción mal intencionada. Cualquiera de las dos hace abortar nuestra verdadera misión espiritual sobre la tierra: el amar verdadero, inspirado por Dios, y la generosidad regalada de buen corazón, dos ejemplos de la acción *verdaderamente* buena.

La acción mal intencionada. Una forma de la acción mal intencionada consiste en el comportamiento egoísta e insensible. Se puede ver por todas partes. Bajo la influencia del ego, los trabajadores suelen volverse codiciosos y competitivos. Las parejas sufren de los conflictos que parecen interminables y de las luchas por el poder. Los individuos a quienes se les confían la responsabilidad tienen la tendencia de volverse santurriones y tiránicos. Hay muchos más ejemplos que se puede mencionar. No es de extrañarse que tantos aspectos de la vida común y corriente parezcan poco espirituales.

El ego hace que la gente se comporte y reaccione de manera seguramente problemática. Eso parece apoyar la recomendación tradicional que los buscadores serios de la espiritualidad se aparten de las actividades de la vida “mundana.” Pero el retiro no necesariamente resuelve el problema del ego. Incluso las llamadas acciones “espirituales” se vuelven anti-espirituales cuando se está involucrado demasiado el ego. ¿Qué te parece el individuo que utiliza la meditación para evadir hacer frente a los retos de la vida? ¿Qué te parece el individuo que va a misa para disfrutar de un sentimiento de mojigatería y superioridad? Como se sabe, los buscadores de lo espiritual que son empujados por el ego no son más devotos que los empleados codiciosos, los esposos egoístas, y los jefes mandones.

La acción mecánica. Otro tipo de la acción espiritualmente pobre es la acción *mecánica*—la acción que se hace al poner más énfasis en la forma física que en el contenido espiritual-emocional de la misma. La acción mecánica es un problema común y peligroso de las enseñanzas espirituales basadas en las reglas.

Es dado que es maravilloso cuando hay un camino cierto que seguir. Muy fácilmente nos podemos atrancarnos en la complejidad, en los dilemas, y en la incertidumbre y así perder oportunidades valiosas para la disciplina y la práctica. Y es maravilloso poder escoger bien con una actitud obediente y sumisa. Pero la mentalidad basada en el ego muy fácilmente puede abusar de cualquier cosa buena en potencia. Desafortunadamente, la acción mecánica se presta *facilmente* al “sabotaje” espiritual.

La acción mecánica le conviene al ego por dos razones sencillas:

1. **La acción mecánica elude la perspicacia necesaria para poner el buen espíritu en acción.** En tanto que la acción mecánica reduce “la bondad” a una receta para el comportamiento, podemos pasar por gente espiritualmente virtuosa cuando en el fondo somos todo lo *contrario*. Por ejemplo, cuando hacemos mecánicamente “las buenas obras” o sea la caridad, nuestra generosidad puede resultar vanidosa y santurrón. Por afuera podemos parecer dadivosos, al mismo tiempo que por adentro nos preocupamos de lo que vamos a recibir como recompensa. Es posible usar los rituales y las fórmulas para el comportamiento en un esfuerzo por adquirir todo tipo de premios egoístas. “Señor, si me ayudas a aprobar este examen, iré a misa cada domingo de ahora en adelante.”
2. **La acción mecánica deja de reconocer—mucho menos eliminar—la presencia de la maldad espiritual en la acción.** Cuando una organización o autoridad espiritual dice, “Nada más haz lo siguiente y todo saldrá bien,” se alegra el ego. Los preceptos de la conducta dan carta blanca para toda clase de motivos ulteriores, programas ocultos, e intenciones egoístas. Al ego le *encanta* el hecho de que la conducta mecánica nos proporciona una fachada respetable detrás de que nuestros motivos egocéntricos no se reconocen.

Una buena acción mecánica ni disminuye la magnitud del ego ni eleva la acción al nivel del mérito espiritual o de lo sagrado. Por eso, durante los siglos, los santos y los sabios dotados de la perspicacia espiritual verdadera se han opuesto severamente al dogma, a los rituales, a la acción formulista, y a los preceptos de la conducta de toda índole.

La inacción. Los malos resultados que derivamos de la acción egocéntrica le dan al ego bastante justificación para recomendarnos la inacción. Como parte del rollo publicitario sobre las virtudes de la pasividad, el ego nos recuerda cuán fácilmente podemos lastimarnos a nosotros y a los otros cada vez que ponemos

un plan en marcha. (Y espera el ego que no recordemos que el funcionamiento del *egotismo* es la *causa* del dolor.)

Por lo común, y como resultado de las tendencias de la naturaleza humana, la calidad de la participación de las personas en la vida cotidiana se ve fuertemente influida por el ego. Y, como siempre pasa, la acción influida por el ego crea el mal y la culpabilidad, las aversiones y los afectos. Dados estos modelos de comportamiento, es razonable preguntarse si es *posible* llevar una vida ordinaria sin decepcionarnos a nosotros y a los demás. ¡Y, *por supuesto*, no queremos repetir nuestros errores repetidas veces! Por eso podemos concluir que a nosotros—y a todos los demás—nos convendría más simplemente evitar ciertas actividades y situaciones.

Puede que haya algo loable—hasta sabio—sobre la decisión de no obrar para evitar meterse en un lío. Seguro que el Espíritu celebra la inacción cuando nos abstenemos de permitirnos excesos, al rechazar rendirnos a una tentación reconocida que no hemos podido sobrepasar. El Espíritu espera que seamos prudentes, sensibles y, quizás, hasta abnegados al abstenernos de seguir objetivos egoístas por motivos compulsivos.

Al mismo tiempo, en contra del pensamiento espiritual tradicional, el abstenerse de la acción no es necesariamente “más puro” o “más seguro” que la participación en la lucha que es la vida. Aunque tengamos buenas razones nobles para la inacción, en muchos casos nuestros motivos no son tan puros. La inacción basada en el ego refleja las cualidades del ego tal como la cobardía, la pereza, la falta egoísta de generosidad, y la falta de disciplina mental.

Tal vez nos abstengamos de obrar por querer protegernos—la esperanza de evitar lastimarnos, arriesgarnos o fracasar—sin preocuparnos si nuestra falta de participación tiene un efecto negativo sobre los demás. Pero en realidad la inacción nos lastima a nosotros mismos: Fomenta la disfunción práctica y socava la confianza en nosotros mismos, al permitir que nuestras capacidades funcionales se debiliten del desuso. También, nos priva del ejercicio espiritual valioso y de las lecciones tan valiosas por el fortalecimiento de nuestras intenciones de llevar una vida buena llena de actos de generosidad genuina. Por último, la inacción nos niega las hondas satisfacciones del alma de *vivir*, *amar* y *dar* que necesitan y desean todos los hijos de Dios. En resumen, nos priva de nuestro sentido de tener un objetivo espiritual en la vida.

La recta acción para el Deshacerse del egoísmo (dentro de la acción y la inacción)

Afortunadamente, como hijos de Dios, no necesitamos resignarnos a los defectos gemelos de la acción o la inacción egocéntrica. Aquí tienes la solución verdadera:

CORREGIR nuestra orientación hacia la acción y PARTICIPAR en todos los aspectos de la vida—en una forma libertadora que trasciende el yo.

¿Cómo corregimos nuestra orientación? Al dedicarnos a la *recta acción*, realizada con *buen espíritu*.

Cómo obrar con buen espíritu

Evidentemente, para llegar a un estado de buen espíritu y mantenernos en él, debemos constantemente soltar el espíritu relativamente pobre con que nosotros, como seres identificados con el ego, solemos hacer (o evitar hacer) las cosas. Pero es paradójico que aunque el Camino de Deshacerse trata de eliminar el papel del ego en nuestras acciones, no podemos eliminar las dificultades que nos presenta el ego cuando nos concentramos en ellas conscientemente o en nuestros propios esfuerzos de eliminarlas. La autoconcentración excesiva en *cualquier* forma solamente tiene la tendencia de reforzar la identificación con el ego.

Por suerte, ¡el sendero de la recta acción nos ofrece una manera más segura y más cierta de subir la montaña! Si aceptamos la recta acción como consejera, conseguimos una manera práctica y bien eficaz de desafiar al ego con consecuencia. Cuando nos concertamos en hacer algo bueno—amar o servir con un espíritu *realmente* bueno, por ejemplo—es lo más *natural* encontrar las dificultades que impone el ego; son los “efectos secundarios” de nuestros esfuerzos sinceros. Al principio en particular, casi cada esfuerzo de participar como es debido en la acción nos requiere que sobrepasemos nuestras costumbres egoístas y vencer la resistencia del ego. Y eso nos proporciona muchas oportunidades de soltar esa resistencia *sin* reforzarla. Así, es crucial que, espiritualmente, aceptamos el reto que nos ofrece la recta acción. Es indispensable que intentamos comportarnos lo más correcto y altruista que podemos, haciéndolo con un espíritu consciente y cariñoso. ¡Es una bendición de Dios mismo!

Mientras purificamos lo que *hacemos*, lo mejoramos. Mientras purificamos lo que *no* hacemos, o se vuelve más apropiada esta falta de acción- es decir, se hace la inacción, escogida por razones espiritualmente correctas—o se rinde a la

acción apta. Al sustituir la acción y la inacción basadas en el ego con la acción espiritualmente *correcta*, el Camino de Deshacerse se entra en todas las esferas de la vida en donde el ego se ha establecido y ha sostenido su poder sobre nosotros. El Camino corta en pedazos el tejido de que se compone el estilo de vida del ego.

El buen espíritu es resultado de compaginar la voluntad humana con la voluntad divina

El esfuerzo sincero de obrar con *buen* espíritu ayuda de maravilla el Deshacerse del ego. Esto es el Verdadero Camino de la espiritualidad *viva*—el Camino de Deshacerse como se refiere a la acción. ¡La Espiritualidad *en acción*! Ahora vamos a especificar cómo poner este entendimiento liberador en práctica.

Según dijimos ya, el espíritu de una acción comprende *el por qué* y el *cómo*. *El por qué* es la *intención* de suma importancia que motiva la acción. *El cómo* es la forma específica en que escogemos *manifestar* esa intención. Todo el mundo aprende de la experiencia que las intenciones humanas y su manifestación pasan por toda la gama de posibilidades desde las inferiores hasta las superiores. Así, ¿qué hacemos para que nuestras intenciones y la implementación de ellas acierten? *Solamente* al recurrir a Dios; sólo son *siempre* correctos las intenciones y los métodos de Dios.

Podemos contar con lo siguiente:

- Las intenciones más altas, las más perfectas, son *las de Dios*—por ejemplo, “Hágase tu voluntad, no la mía.”
- La manera más eficaz y más infalible de *manifestar* las intenciones las más altas consiste en seguir la dirección Divina en el presente—bajo el espíritu de la obediencia.

El *más alto* valor espiritual de cualquier acción se obtiene *sólo* por medio de la obediencia a la dirección Divina, de momento a momento. ¡*El mejor* espíritu para la acción es el más alto espíritu Devoto! Por lo tanto, la definición más sencilla del mejor espíritu para la acción es el resultado de intentar de todo corazón compaginar nuestra voluntad con la de Dios en todo lo que hacemos. Esto es fácil decir; ahora, ¿cómo lo *realizamos* en realidad?

La voz interior de Dios que existe dentro de cada uno de nosotros puede proporcionar las intenciones correctas y los métodos correctos para hacer Divina cualquier acción. Pero no podemos esperar depender de esta voz interior a menos que se cumplan las siguientes condiciones:

- A. Estamos dispuestos a *soltar* los programas personales, las motivaciones bajas y las creencias que nos restringen (Soltar).
- B. Nos hemos entregado a Dios lo suficiente para poder *cumplir* con sus órdenes—eso es, hacer lo que nos dicen (Dejar que lo haga Dios).

La entrega a la voluntad Divina nos llega por etapas. Hasta que podamos entender y seguir la voluntad de Dios *directamente*, momento a momento, nos podemos entregar solamente *indirectamente*—al abrazar las intenciones Devotas como las entendemos, y al realizarlas con tanta pureza como podamos. En resumen, debemos esforzarnos con empeño para “obrar como lo quiera Dios.”

La purificación de nuestras intenciones

He aquí el primer paso en el proceso de llevar a cabo nuestras acciones con buen espíritu: Escoge los propósitos más elevados y más altruistas que puedes y protégelos de la corrupción baja que proviene del ego.

Es dado que es un *reto* mantener la pureza de tales altas intenciones. Por lo común, existe la posibilidad que tengamos varias motivaciones por hacer cualquier acción dada. De hecho, es raro que nuestras intenciones *indicadas* sean las *solas*. Y, muchas veces, nuestras *mejores* intenciones *no* son las más fuertes.

Un propósito inferior y *escondido* que se esconde detrás de nuestro superior propósito *indicado* a veces se llama “programa oculto” o “motivo ulterior.” Por ejemplo, “Seré amable con el jefe para que me dé un aumento de sueldo.” O, “Me enamoraré con fulano o fulana para que se case conmigo y así asegurar mi futuro financiero.” A veces, aunque no hagamos caso de él o incluso neguemos su existencia, nuestro motivo bajo, “secundario,” puede ser, en realidad, el primario—el que determina los efectos principales de nuestras acciones. Y, ¿cuál es el resultado? La sorpresa y la decepción. Y, ¿cuál es la causa? La falta de reconocimiento de nuestros motivos verdaderos.

Especialmente en la vida espiritual, es peligroso suponer que con tal de que trabajemos en un plan noble, nuestros motivos son también nobles. Mal podemos permitirnos utilizar nuestra participación en un proyecto por lo visto altruista para justificar el rechazo de las partes *egoístas* de nuestra motivación.

Un ejemplo: Podía estar trabajando para salvar una especie en peligro de extinción, lo cual es, por definición, un proyecto altruista. Pero lo podía estar haciendo por razones egoístas. Por ejemplo, podía establecer una organización para salvar las ballenas porque leía en alguna parte que la participación en un

grupo de acción política es una de las mejores maneras de conocer miembros del sexo opuesto.

Es evidente que en la vida el deseo personal existe y siempre *existirá*. De manera parecida, *existe* la auto-motivación, y siempre habrá partes de nuestra motivación que se podían llamar *egoístas*. Éstas son las cosas de la vida. Pero podemos controlar hasta qué *grado* manifestamos el interés propio. Y sin duda lo debemos reducir *al mínimo*.

Este asunto del *grado* de la motivación egoísta es decisivo en el plano espiritual. Por eso, el hecho que de existe el interés propio, que todo el mundo lo tiene, *no* se debe utilizar como excusa por abandonar el esfuerzo por mejorarse o por esforzarnos sin entusiasmo. Evidentemente, *cuanto más* está presente el interés propio, *cuanto menos* nuestras intenciones buenas pueden dar resultados que le dejen satisfechos a Dios o a nosotros mismos. De manera que el “hecho” de la existencia del interés propio nos debe pedir que seamos *más* consciente de la situación en lugar de *menos*. Debemos preguntarnos, “Claro, existe el interés propio, pero *¿hasta cuál punto* debe influir en la realización de mis intenciones?”

Si deseamos obrar con buen espíritu, debemos prestar atención a mantener el equilibrio entre nuestras intenciones. Ya que somos buscadores sinceros de la bondad, no debemos pasar por alto las motivaciones ocultas que cambian el tono—y el efecto—de nuestras acciones. Por supuesto no *queremos* que nuestras motivaciones superiores sirvan y camuflen las motivaciones bajas. Para reducir al mínimo ese peligro, debemos frecuentemente preguntarnos, “¿Cuál es la motivación que existe detrás de la motivación mía? Luego, en nombre de la bondad, debemos abandonar nuestro cariño por todas las motivaciones egoístas que encontramos.

La purificación de la puesta en práctica

Es fundamental tener buenas intenciones, pero esto por sí solo no es suficiente. Como se sabe, por lo común el ego *degrada* la acción. Cuando se involucra el ego en cualquier acción, se malgasta una parte o quizás todo del resultado potencialmente positivo de esta acción porque esto no hace más que fortalecer el ego y así realizar los propósitos *de él*. Por eso, el valor espiritual de cualquier acción se puede realizar por completo sólo en tanto que sobrepasamos realmente el ego mientras llevamos a cabo dicha acción.

Por lo tanto, otro aspecto del obrar con buen espíritu consiste en tratar de llevar a cabo nuestras hermosas intenciones con tanta *hermosura*—con tanto altruísmo—como posible. Debemos comportarnos en la manera más devota

que podemos—con o sin la ayuda directa de Dios. Haz lo mejor que puedas, y deja que haga Dios lo demás.

Hasta que podamos constantemente seguir la dirección de Dios momento a momento y obrar como nos inspira el espíritu, no debemos quedar sin hacer nada. Ya que participamos en muchas esferas de la vida, ¿por qué no dedicamos la integridad y la conciencia máximas a nuestros esfuerzos? Y, ¿por qué no obrar para que nuestros esfuerzos sean tan productivos y útiles como posible para la humanidad, en lugar de que sean despilfarradores y destructivos? De esta manera, evitamos crear el cariño excesivo, la culpabilidad, y la vergüenza. Además, adquirimos la disciplina y la experiencia que necesitamos para que algún día podamos escuchar exactamente, interpretar correctamente, y obedecer fielmente a aquella pequeña voz tranquila.

Afortunadamente, nuestra implementación no tiene que ser perfecta—solamente tiene que ser sincera. Simplemente hacemos el mejor esfuerzo que podemos en todo lo que hacemos, tan modesto como sea ese esfuerzo. Intentamos ser sensibles y flexibles; además, intentamos con gracia ocuparnos de nuestros errores. Cuando cometemos un error, debemos estar dispuestos de abandonar el resultado de nuestra acción y utilizar un mejor enfoque la próxima vez. No podemos permitir que las malas costumbres mentales dificulten la búsqueda del buen espíritu, así que debemos abandonar el miedo, la inhibición, la resistencia, y las tendencias negativas cada vez que los encontramos dentro de nosotros mismos. También, debemos soltar las creencias negativas que limitan nuestras creencias sobre el yo, Dios, y los demás. Al sobrepasar el ego y entregarnos a la bondad, poco a poco nos preparamos realmente para entregarnos a Dios.

El valor de los ideales de la acción para la transcendencia del ego

Aunque no se debe esperar la perfección cuando nos ponemos en acción, todos tenemos la necesidad espiritual de *buscar* la perfección—y nuestros intentos sinceros de igualar las acciones a los ideales nos premian con generosidad. El intento de obrar de acuerdo con un espíritu perfectamente piadoso nos permite mirar, corregir, y liberar todas las capas de orientación hacia el ego que son obstáculos para nosotros. Repetidas veces, podemos soltar al ego para obrar *más y más* perfectamente.

El Deshacerse del ego progresivo se parece a limpiar una ventana. Mientras que nuestras acciones se hacen menos egocentristas, podemos observar y soltar las imperfecciones cada vez más sutiles que antes se escondían bajo capas de suciedad superficial. ¡Nada puedes arreglar si no te fijas en ella! Cuanta más

suciedad *observas*, más te *deshaces* de ella. *Observa* con más claridad y *quedarás* más limpia. Así se realiza el progreso espiritual.

Como siempre pasa, mientras seguimos por el camino espiritual de la recta acción, nos damos cuenta de que cuando se involucra el ego, no llegamos a lo ideal. No importa cuán lejos avanzamos por el sendero que nos conduce a la superación del ego, ¡siempre parecen haber más problemas de que ocuparnos! Pero el reconocimiento de nuestras imperfecciones persistentes es tan valioso como el intento de llegar a la perfección. Es crucial que vemos claramente y a fondo estas limitaciones. *Necesitamos* el reconocimiento que nosotros, individuos humanos, *no podemos* llegar a la perfección—y no podemos obrar de una manera perfecta, completamente libres de la influencia del ego.

Se dice, “No puedes tener éxito si no haces un esfuerzo.” A eso agregaríamos, “No puedes *fracasar* si no haces un esfuerzo.” Es decir, no puedes reconocer lo que puedes o no puedes hacer a menos que pongas todo tu empeño. Cuando hemos afinado nuestras acciones lo mejor que podemos y *todavía* no están en armonía, nos damos cuenta que nos hemos perfeccionado tanto como podemos, es decir, como seres identificados con el ego. Alcanzar algo *mejor* es *superior* a nuestras fuerzas. Incluso, algo *bastante bien* queda fuera de nuestro alcance. Ese momento cuando nos falla el ego es también el momento en que nos llega la iluminación.

¿Qué pasa, entonces? Los seres humanos sufren fracasos todo el tiempo—y rara vez les llega la iluminación por ello. ¡Es la pura verdad! El fracaso es útil para la evolución humana sólo se si interpreta con juicio. De otro modo, el fracaso es la manera en que el ego justifica el abandono de la búsqueda de la bondad verdadera—o justifica la participación en esa búsqueda con poco entusiasmo. El ego utiliza el fracaso para concretar ideas negativas de la vida y para justificar toda suerte de negación y disfunción. Muchas veces cuando fracasamos, escogemos el resentimiento y la depresión. Puede que dejemos de hacer un esfuerzo y nos volvamos flojos y fracasados. O quizás nos pongamos inseguros y defensivos; apretamos los dientes, y nos esforzamos “más”—pero en una forma que es aun más *egocéntrica* que antes. Las reacciones negativas al fracaso nos pueden retrasar tanto como una reacción positiva al fracaso nos puede hacer avanzar.

Con el “fracaso” que se vuelve la “iluminación,” por fin estamos dispuestos a dejar de afirmar el yo egocéntrico—o como un ser autónomo o como un caso fracasado. En su lugar, por fin soltamos nuestro terco cariño por todo lo que hemos deseado por razones egoístas y por las maneras que empleamos para conseguirlo, and felizmente le entregamos nuestra vida a Dios.

Favor de notar: Aunque el fracaso aparentemente nos conduce a la iluminación, el Camino de Deshacerse no se trata de “*intentar* de fracasar.” Se trata de, “Hacer un *mejor* trabajo; hacer el *mejor* que puedes en todo lo que intentas hacer.” Si intentamos obrar bien pero con frecuencia fracasamos porque todavía somos demasiado egocéntricos, dentro de ese proceso, llegaremos *naturalmente* a la conclusión que el mejor trabajo que podemos hacer no es lo suficiente bueno—y a fin de cuentas es un fracaso, en algunos aspectos cruciales y irreducibles. Finalmente, nos damos cuenta de lo inadecuado que son nuestros *mejores* esfuerzos. La intuición nos dice que existe solamente *una* manera de eliminar la motivación basada en el ego: hacerse a un lado por *completo* y dejar que Dios obre por medio de nosotros, con el reconocimiento que “Lo que *podemos* hacer *con* la ayuda de Dios no podemos hacer sin ella.” Haz lo mejor que puedas y deja que haga Dios lo demás.

Dios les ayuda a los que le ayudan a Él

Hay un límite a lo que *podemos* hacer nosotros mismos. Nosotros podemos hacer, pero solamente Dios puede Deshacer. Nosotros podemos aligerarnos de las presunciones falsas, pero solamente Dios puede alumbrarnos el espíritu. Las formas más sutiles de la identificación con el ego sólo se pueden Deshacerse por la Gracia de Dios. Y todavía, pese a todo esto, la visión en conjunto tiene un sentido perfecto: Dios les ayuda a los que se ayudan. Al fin y al cabo, cuando hemos hecho todo lo que nosotros, seres mortales, pueden hacer para liberarnos del ego, Dios hace lo demás.

El Deshacerse del ego es la mayor cirugía psíquica—realizada por la mediación de Dios. Dios es El Que Sana. Dios es el que compone los corazones rotos, el que reúne las almas separadas. Solamente Dios puede eliminar nuestro cariño profundo por el ego. Y solamente nosotros podemos permitir que lo haga Él, en el caso nuestro. ¡No es que simplemente nos dormimos y nos despertamos cambiados! Nos sometemos al Médico Divino en pleno estado de conciencia.

Dios es El Que Sana.

*Dios es el que compone los corazones rotos,
el que reúne las almas separadas.*

Nos ponemos dispuestos a permitir que se haga la incisión final *cuando* nos comprometamos más a la bondad que al ego. *Cuando* amamos y estimamos lo suficiente la Meta, ¡nos *alegramos* de poder cambiar el egocentrismo por ella! La bendita Meta que al fin nos lleva al borde de la iluminación es la recta vida que consiste en vivir y amar activamente—tal como lo quiere Dios.

Soltar y dejar que obre Dios

El Camino de Deshacerse es un camino que conduce a la liberación espiritual (el soltar) y la vida iluminada (que la haga Dios).

La práctica progresiva del Camino de Deshacerse es, en primer lugar, un proceso de *soltar*, dentro del cual participamos en nuestro propio *Deshacerse*—el desenredar sistemático de las tendencias y las limitaciones egocéntricas. Avanzando por este tramo del camino, activamente nos despojamos de las capas de costumbres, pensamiento y auto-identificación que nos separan de nuestra verdadera realidad espiritual.

Esto nos lleva al segundo aspecto del Camino de Deshacerse, lo que se podía describir como “*el dejar que obre Dios.*” Ahora empieza la verdadera práctica de la obediencia a lo Divino—hacerse un conducto de la luz de Dios, de la gracia de Dios, y de las obras de Dios. En este caso el concepto de *Deshacerse* cobra otro significado. Cuando, en un espíritu de abandono, seguimos la inspiración Divina; cuando nos acercamos desapasionadamente a nuestras actividades; cuando nuestros motivos no son demasiado egocéntricos y nuestros egos no se involucran tanto que somos más autónomos que sometidos y obedientes; *entonces*, ya no son nuestras las obras propias. Por fin podemos decir, “No soy el agente. No hago todo esto.”

El ego-como-yo ya no es el agente cuando ya no manda el por qué, el cómo, el qué, y el cuándo por nosotros. Y hasta el punto que nuestro ego-como-yo *no* es el agente, nuestro hacer es en realidad un *des-hacer*. Así, la verdadera sumisión transforma el hacer personal en el *des-hacer* (es decir, el hacer de Dios por medio de nosotros).

Mientras nuestras acciones empiezan a reflejar más la iniciativa Divina que la iniciativa personal, más la intención Divina que la intención personal, más la dirección Divina que la auto-dirección personal, el Camino de Deshacerse se transforma en una forma de vivir, amar y dar llena de perspicacia espiritual. De esta manera empieza la vida que coopera con Dios. Esa Vida Divina que se describirá con más detalles en el siguiente capítulo.